Raoul Fournier

LOS AÑOS JUVENILES DE ARTURO ROSENBLUETH

–Rosenblueth, Arturo y Fournier, Raúl tendrán como primera práctica ahumar un tambor de Marey, dijo don Fernando Ocaranza.

Don Fernando Ocaranza era, por antonomasia, el fisiólogo mexicano del final de la primera década de este siglo y de los "gloriosos veintes".

–Usted maneja el tambor mientras que yo trato de ahumarlo, me dijo Arturo.

A los pocos minutos de trabajo, los tres estábamos perfectamente ahumados: Arturo, el tambor y yo. Entró don Fernando al laboratorio –un cuchitril incómodo al que se llegaba por un callejón que partía del aula. Rió de nuestra facha, nos anotó un P.B. –calificación máxima en la época– y nos prescribió un cuidadoso lavado de manos y cara; cuando lo hacíamos, al tiempo que cara y manos se blanqueaban con cierta dificultad, ya no encontramos ninguna para hablarnos de tú.

Los colaboradores en la cátedra de fisiología, eran dos gentes muy estimadas por don Fernando: José Joaquín Izquierdo y José Palacios Macedo, "el viejo lobo de laboratorio" como llamaba al primero, y "el preparador Palacios", al segundo.

El horario de 3 a 4 de la tarde resulta antipedagógico en un país, como el nuestro, donde el alimento abundante, a veces rociado con alguna bebidilla, se toma entre 2 y 3. Amplio y alargado salón era aquél donde se impartía la clase; arrancaba una pendiente gradería de la mitad de él, los asientos eran los mismos escalones de ascenso con una ranura en la parte baja donde quedaban los pies; sin embargo, una escalerilla de escalones más bajos, colocada a la derecha, permitía un rápido acceso a los lugares altos o gallinero. Mi grupo formado por Alatorre, Carlos; Alcalde, Ernesto Bolaños Cacho, Gilberto; Berges, Alejandro; Cejudo, Juan Angel, y después, sin continuar el orden alfabético, Fournier, Raúl –entonces no escribía mi nombre a la francesa, Raoul; esa rueda intermedia de la "o" fue atornillada en otro accidente de mi vida que por ahora no viene al caso comentar– nos sentábamos juntos a medio salón y dormitábamos, como el resto de nuestros compañeros, cobijados por el calor que desprendía tanto cuerpo humano y el sol que entraba por las ventanas que daban al poniente. A unos cuantos metros del primer escalón de las gradas estaba la mesa tras de la cual tomaba asiento esa original trinidad: don Fernando en medio, don José Joaquín a su derecha, y a su izquierda "el preparador Palacios", que pasaba lista de asistencia con voz tronante mientras Izquierdo arreglaba los utensilios para una demostración. Un ojo al gato y otro al garabato, don Fernando identificaba el nombre que leían con la persona y de vez en cuando echaba una mirada a las maniobras de Izquierdo.

Así llegamos al final de 1919 y, como es costumbre, alguien tenía que dar la despedida a esa trinidad. Elegido por su talento y vivacidad, Arturo se levantó de su asiento. Ese día, el calor sofocante había obligado a tener las ventanas abiertas, que daban al "patio de los naranjos" –convertido en patio basurero–. Un carpintero arreglaba con gran estruendo de martillazos y serrucho las puertas de un local.

–Modesto –dijo don Fernando al mozo de servicio– haga callar a ese señor– mientras que Arturo con el pañuelo secaba el sudor de su frente.

– ¡Maestro! –gritó con voz fuerte Modesto sin asomarse mucho a la ventana– ¡que se calle!

Como el grito lo había dado casi dentro del salón, soltamos la carcajada. Modesto, sin inmutarse echó todo su pecho fuera de la ventana y volvió a gritar: ¡Maestro! ¡que se calle,! (con una ch. . .)

La primera carcajada había sido por llamar al carpintero "maestro" en lugar de "maistro" y la segunda porque todo el mundo había oído la palabra que principiaba con ch. Tranquilizado el salón, pero muy nervioso Arturo, comenzó su perorata y a medio camino calló, repitió la frase que acababa de decir, volvió a repetirla y mientras todos "tragábamos camote" como si se tratara de una función de ópera en la cual a la diva le salta un gallo y los espectadores se apenan. Arturo salió del paso y dijo:

–Maestro, yo aprendí estas palabras de memoria: ahora todo se me ha olvidado, pero ustedes me dieron muy buen curso y ese recuerdo quedará guardado en nuestra mente.

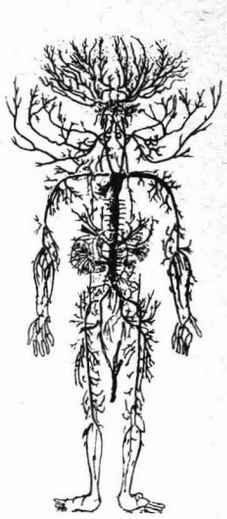
¡Aplausos y gritos en la galería!

Cada uno de los maestros habló con agilidad y elocuencia. Palacios Macedo –que ese día no llevaba la bata blanca de trabajo–, lucía en el ojal ese clavel reventón que fue su distintivo hasta las vísperas de su muerte.

José Joaquín Izquierdo nos demostró, al hablar, su verdadera comprensión de la fisiología moderna. Nos hizo notar la diferencia entre la fisiología a lo Magendie y el método experimental a lo Claude Bernard. Bien aprendidas se tenía las *Leçons sur la phisyologie expérimentale appliquée à la médecine.*

Arturo Rosenblueth, había llegado a México rodeado de un vapor de prodigio: era el joven inteligente, excepcional en cuanto a su gran poder dialéctico y su memoria prodigiosa. Cuando una gente viene precedida de un aura semejante, tiene que hacer cosas que no demeriten su fama, y así lo fue haciendo poco a poco. Había terminado la guerra de 14-18 y el prestigio alemán, que estuvo por las nubes, se disolvía en México poco a poco entre dudas y desencanto. En la escuela se creía que los apellidos Rosenblueth y Zukermann eran rigurosamente alemanes. Nadie se acordaba del asunto Dreyfus –no tenía por qué saberlo un joven de 1919– ni se presentían los desmanes de Hitler. Mi apellido, de remota ascendencia francesa había sido también germanizado por algún amigo: era yo von Furnie.

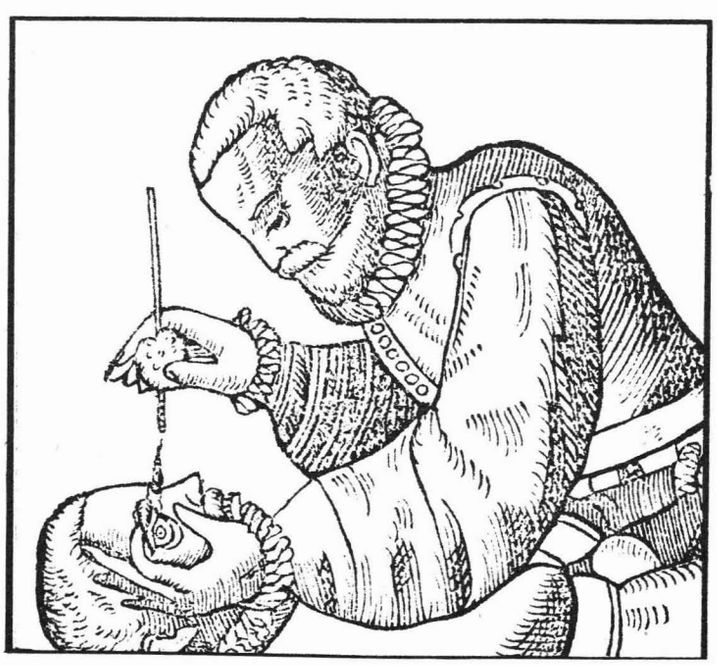
¿Por qué siendo Rosenblueth de la R y yo de la F nos unieron



para ahumar un tambor de Marey? Los dos éramos de apellido extranjero y el tiempo inmediatamente posterior al porfirismo seguía siendo *malinchista.* (probablemente Zukermann no fue ese día a clase). Después las cosas tomaron un color *chauvinista.* ¡Limitaciones de aquéllos que piensan que hay varias razas humanas y no la raza humana! Lo habitual, en aquella época, era seguir un ordenamiento por abecedario, tal vez reliquia del enciclopedismo más que del positivismo apenas abandonado. El compañero de Rosenblueth por orden alfabético era Salazar Viniegra, Leopoldo, y con él y Arturo, desde los finales de la carrera, sin que yo dejara a mis viejos amigos –tan cerca de mi corazón y tan unidos por el abecedario– formamos un trío inseparable, vinculado por nuestras simpatías y diferencias, hasta que la muerte cortó el camino de Leopoldo.

Estos recuerdos me acercan ahora a ellos como si empleara una lupa que los amplificara y los pusiera casi al alcance de mi mano. Las limitaciones económicas de Arturo le llevaron a explotar comercialmente otra habilidad: tocaba el piano y dentro de un cuarteto tocaba en lugares públicos. Fuimos Leopoldo y yo sus paleros durante esas actuaciones en los cafés "La Europea" y "Lady Baltimore".

Pronto Salazar obtuvo una beca para estudiar en Madrid. Seguramente la situación económica de Arturo mejoró y su ángel protector, Emilio su hermano, lo mandó a Europa para que terminara su carrera; primero en Alemania, donde no se acomodó, y más tarde en París.



Por mi parte, conseguí, como Salazar, una beca para Madrid. Fucar 21, esa era la dirección que Leopoldo me diera. Seis gallos que dormían en un pequeño gallinero, tres mexicanos –que ya conmigo éramos cuatro– y dos chicos de la provincia española.

–¿Vosotros sois del interior? –le pregunté a uno de los compañeros españoles recordando la designación mexicana de los estados del centro de la República.

–¿Cual interior? chico, somos de Extremadura.

Una semana permaneció conmigo Leopoldo. Un domingo de octubre me dijo:

–Salgo a París esta noche ¿gustas?

Quedé verde del coraje, pues esa tarde habíamos prometido a unas chicas pasear por Recoletos e invitarlas a una churrería famosa que por allí había.

Arturo tenía mi dirección en Madrid y me envió una carta urgiéndome para que me mudara a París.

Por fin, el 11 de noviembre –celebración del armisticio – llegué a París en una noche de llovizna y frío y un taxi me condujo al Hotel Montesquieu, frente a la Sorbonne. Louis, el conserje, me instaló en un cuarto frente al de Arturo. Llamé a su puerta.

–¿Vienes con Leopoldo? Entra, siéntate y espera que termine esta carta que escribo para Emilio.

Traté de sentarme en un sillón que sentí que se abría con el peso de mi cuerpo.

–Busca otro asiento o en la cama, me dijo Arturo cuando oyó el ruido.

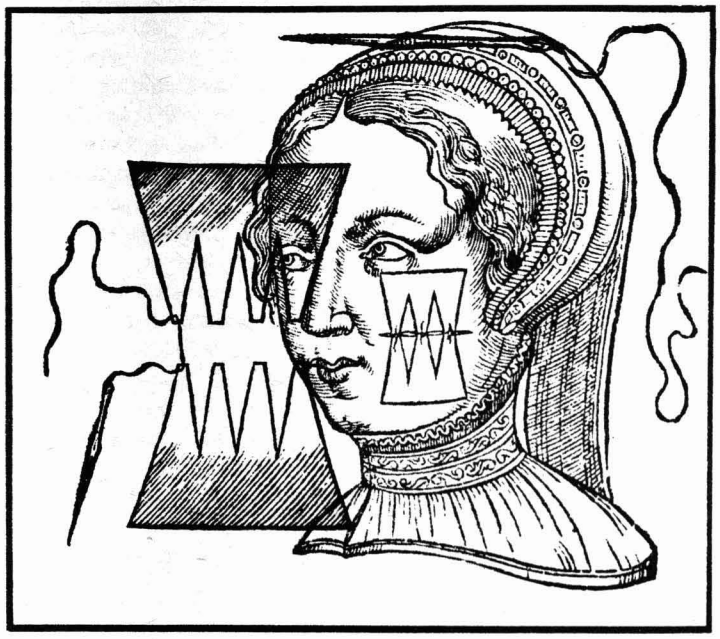
Sentado cerca de la puerta contemplé el cuarto a mis anchas.

Los honores del mobiliario los hacía un piano de cuarto u octavo de cola, serio y de luto riguroso que enseñaba sus dientes amarillos a una cama matrimonial que estaba al frente. Acompañaban a la cama un ancho lavabo y un bidet abiertos al cielo, un banquillo frente al piano esperando que alguien se sentara en él, un ropero de dos lunas que espiaba a Arturo y dos sillas tan informales como el sillón –el único asiento serio, además del banquillo del piano, era la silla sobre la que estaba Arturo.

El silencio soporífero y ahumado del cuarto fue roto de pronto por Arturo:

–¿Quieres oír como me sale la "Appassionata"?

De dos pasos llegó al ángulo opuesto donde se encontraba el piano. Pude ver un librero colgado arriba de su mesa de trabajo. Mientras acomodaba sus papeles y alegraba la dentadura del piano con una escala, me levanté de mi asiento para ver los títulos de los libros: *Discours de la méthode, Introduction à l'étude de la médecine expérimentale, Les trois mousquetaires* y otros libros en castellano. Parte del entarimado estaba cubierto por un tapete que con mucha vergüenza, pero con éxito, ocultaba su color rosa. Dos



ventanas frente a la entrada del cuarto permitían ver al fondo los balcones aún iluminados de la Sorbonne. Y comenzó la ejecución. No había acabado el primer tiempo cuando se detuvo y volviéndose hacia mí, hizo explicaciones técnicas a propósito de las dificultades que presentaba; continuó tocando y al rato volvían las explicaciones y así hasta el término de la sonata.

Entonces, como si apenas notara mi presencia exclamó:

—Bueno ¿por qué no saludas? ¿Cuándo llegaste? ¿Cómo está México?

Un toque a la puerta precipitó a Arturo hacia ella:

—Seguramente es una chica que te quiero presentar.

Era Salazar Viniegra, que llegaba como los personajes de las comedias de Zorrilla, a tiempo para continuar el diálogo.

—¿Venías con Raúl?

—No, desde hace un mes me le escapé de Madrid.

—Bueno, dijo Arturo, ya platicaremos, ahora nos vamos a la Crémerie antes de que se llene, van a dar las 7.

—Yo ya comí, dijo Leopoldo. Vivo en una gran pensión donde dan comida muy buena y tengo un cuarto confortable. Estos lujos de vivir en el hotel se quedan para ustedes.

Pero Leopoldo nos acompañó hasta la Crémerie de Monsieur Roulin, al principio, casi, del Boul' Saint Germain. Aunque Leopoldo para demostrar que ya había comido, se colocó un mondadientes en los labios, Arturo ordenó, para todos, los mismos platillos.

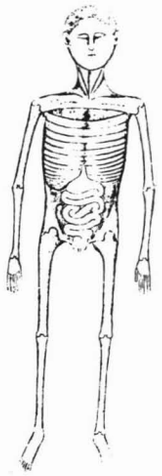
Arturo siempre fue, hasta sus últimos días, muy afecto a mandar; además no conversaba, sino discutía, y gustaba de apostar cuando había contras en la discusión y estaba seguro de tener la razón. Cuando perdíamos, no había poder humano que nos hiciera esconder los centavos.

El nos ordenó que al día siguiente fuéramos a inscribirnos y a arreglar nuestros papeles en la Facultad de Medicina. Cuando a las 8.30 de la mañana siguiente nos dirigimos a dicha facultad, las ventanillas estaban abiertas, pero ya casi todo el mundo estaba inscrito y los retrasados, como nosotros, teníamos que hacer gestiones especiales con el director que era en aquella época el doctor Roger. Lo esperamos hasta las diez, expusimos nuestro caso y quedamos inscritos como alumnos extranjeros. Yo ya tenía título de médico de la Universidad de México y me asignaron un "étage" en el Hospital Cochin, en el servicio de Vidal. Arturo y Leopoldo empezaron por estudiar fisiología, química y física médicas.

Al terminar esos cursos, Arturo siguió con obstetricia y se inscribió en un curso en la Sorbonne, que daba Richet sobre la obra de Claude Bernard. No tenía su pensamiento fijo en ninguna disciplina y en ese momento le gustaban tanto los partos como la fisiología. De "étage" en "étage" llegó a neurología, que daba Babinski. Allí nos reunimos nuevamente, en la Pitié.

Se abrieron los cursos el otoño de 1925 y Arturo consiguió el nombramiento de ayudante honorario de la cátedra de fisiología a cargo del profesor Gley. Principió para nosotros una etapa muy feliz: dinero, el necesario para no morir de hambre —me llamaban del consulado para que sirviera de guía o intérprete de turistas mexicanos—; bailes sabatinos de preferencia en la *banlieue,* conciertos dominicales, y las distracciones propias de la edad. Algunas tardes íbamos a la *Académie Ludo* instalada en la rue de la Sorbonne donde se practicaban toda clase de juegos de cartas. Nosotros jugábamos bridge, del que Arturo era campeón.

Nuestro grupo había crecido: Nacho Morones Prieto, Fernando Velázquez, Antonio Riquelme y un dominicano a quien le habíamos puesto el mote de Leónidas Tigrillo —un personaje de Pirandello— quien, cuando se hablaba del "coloso del norte", no pensaba en los Estados Unidos, sino en México, cosa que mucho le agradecíamos y nos levantaba más el ánimo. En la esquina de la rue des Écoles y rue de la Sorbonnne existe aún la Brasserie Balzar, a unos cuantos pasos del hotel Montesquieu, a la que asistíamos a tomar nuestra *soupe à l'oignon,* tarta de frambuesas y tarro de cerveza. Allá llegaban a media noche otros mexicanos más: algunos de los refugiados en París después de la rebelión delahuertista, simplemente gorrones, o algún general que buscaba compañía y desahogo y que pagaba el consumo. Arturo era siempre el mismo: categórico, discutidor, obsesionado por su trabajo, apasionado del arte, pensando en México como una meta



lejana y en el éxito como algo inalcanzable...

Salazar Viniegra y yo regresamos a México en 1926. Arturo permaneció hasta la terminación de sus estudios.

A principio del 27, apareció en los periódicos una esquela de defunción que daba cuenta de la muerte de Arturo Rosenblueth. Lloré ese día la desaparición del hermano. Un joven no se aviene fácilmente a la idea de que alguien de su edad pueda morir. Siente como que hay edades para todo: para casarse, para ser plenamente feliz, para cambiar las cosas con el pensamiento y la acción, para morir.

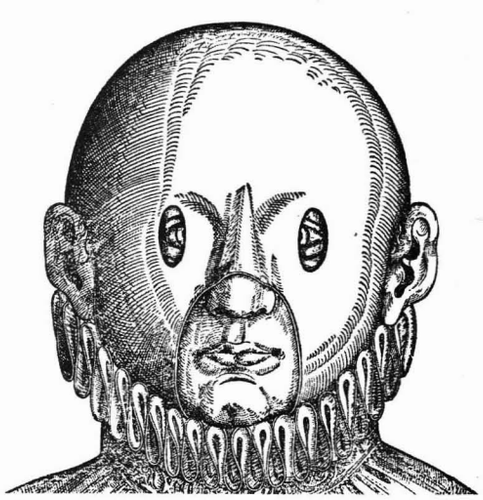
Preguntamos a Emilio Rosenblueth, que también estaba consternado por la supuesta pérdida de su hermano muy querido. Cablegrafió e hizo una investigación minuciosa. Yo había dejado a Arturo instalado en el apartamiento de unos amigos míos que se venían conmigo a México, por Batignoles. Contestó por cable: "Yo bueno y sano. Sigo estudios. Pronto nos veremos."

Supimos después que la macabra broma provenía de un amigo mexicano, muy de nuestro grupo, que después de su destierro –participó en la revolución de De la Huerta– había regresado a México, entre otras cosas, para continuar esos juegos a los que era muy aficionado.

Salazar en el Manicomio y yo en el Instituto de Higiene y en la Escuela de Medicina, habíamos encontrado con facilidad nuestro refugio.

Vino Arturo decidido a quedarse en los asuntos neuro-psiquiátricos, que estaban tan atrasados en aquellos tiempos en México. Instaló consultorio en la calle de Rosales, donde vivía su familia, pero pronto se reveló contra las prácticas empíricas usadas para la atención de los enfermos neuro-psiquiátricos y prefirió retirarse del ejercicio clínico. Le hablé al doctor José Zozaya, director del Instituto de Higiene, para que lo recibiera, a lo que accedió con gusto, y, aún más, formó un grupo de gente joven para que se dedicara a la investigación: Gerardo Varela, Luis Gutiérrez Villegas, Arturo Rosenblueth, Teófilo Ortiz Ramírez y yo. Como hombre de mucho talento que fue Zozaya, dejó que cada quien escogiera su campo de trabajo formulando previamente la hipótesis y el programa a desarrollar, con sus finalidades teóricas y pragmáticas. Seguía un precepto de Claude Bernard: "La ciencia no es más que el determinismo de la relación entre materia y fenómeno."

Varela y Gutiérrez Villegas se dedicaron a la bacteriología; yo al cultivo de protozoarios y al estudio de las enfermedades intestinales productoras de anemias graves; Arturo y Teófilo Ortiz a la experimentación fisiológica, especialmente al mecanismo de la respiración.

Un día cambió el Jefe de Salubridad –del cual dependía el Instituto de Higiene– y las nuevas autoridades corrieron a todos los que no desempeñábamos la función específica de hacer sueros y vacunas: Zozaya, Rosenblueth, Teófilo Ortiz y yo. Los bacteriólogos se quedaron; pero pronto se fundó el Instituto de Enfermedades Tropicales donde todos los "corridos" fuimos llegando unos desde luego y los otros después, excepto Rosenblueth que había tomado el camino definitivo de la fisiología y se había ido a Boston a trabajar con Cannon.

De aquel grupo que se concretó en París, yo soy casi el único superviviente. Hasta los últimos días de su vida fuimos, mi mujer y yo, los entrañables amigos de la pareja Arturo y Virginia. Me cuesta mucho trabajo pensar que no nos acompaña ya más que en el recuerdo y en su obra.